

VALORACION CRITICA DEL EXISTENCIALISMO

I. LA CONTRIBUCION POSITIVA DEL EXISTENCIALISMO

1.- LA DEFENSA DE LA EXISTENCIA INDIVIDUAL HUMANA CONTRA EL IDEALISMO RACIONALISTA Y PANTEISTA.

Dejando de lado las causas circunstanciales que han favorecido la difusión del existencialismo, debemos reconocer que la vigencia actual y el hechizo que él ejerce sobre no pocos espíritus sinceros de nuestra época reside en el hecho de haberse aferrado y defendido la realidad humana contra un racionalismo idealista, que la deformaba cuando no la diluía del todo, como pura instancia lógica, en una inmanencia transcendental de nadie.

Las últimas guerras con las terribles consecuencias para la existencia de cada uno, la situación de dolor y desamparo en que frecuentemente vive el hombre contemporáneo, el problema que constituye para no pocos el simple hecho de la existencia propia y de la de los seres queridos, han punzado demasiado hondo y desgarrado con demasiada crueldad en su más íntimo ser e individualidad al hombre de hoy, para que pueda dejarse burlar y arrebatar su existencia propia por sistemas, que pretenden desvanecerla en un yo absoluto e impersonal. En tiempos de seguridad individual, en que el vivir no llega a constituir un cuidado azaroso y constante ni adquiere, por ende, la conciencia aguda de su peligro, el hombre, seguro en su existencia y en la del mundo material y espiritual circundante, puede caer en la tentación o entretenerse en las fantasmagorías de un idealismo, que quiera reducir su existencia a un puro fenómeno del espíritu absoluto impersonal. Contra ese idealismo a priori, esquemático y desvinculado y devorador de toda la realidad -incluso de la más íntima, la de la existencia propia- el existencialismo reacciona con vigor y se aferra al hecho de la propia e individual existencia, al hecho de encontrarnos fuera de la nada y "embarcados", quieras que no, en una existencia individual con su destino o fin también individual y dentro de un determinado núcleo de circunstancias materiales y espirituales, de las que no podemos deshacernos ni prescindir ni siquiera en el hecho primordial de vivir. El existencialismo se aferra a la *existencia* individual inalienable de cada uno y a su *historicidad*, a esa existencia que en un determinado lugar y tiempo recibimos con todas sus condiciones de vida también individuales y propias de aquí y *ahora*, y que temporalmente corre hacia un término con un determinado fin o destino.

2. -EL ANALISIS DE LA INDIVIDUALIDAD DE LA EXISTENCIA HUMANA.

La filosofía intelectualista-realista partiendo de la experiencia pasaba casi inmediatamente a esclarecer la esencia inteligible de las cosas y del hombre en sí, sin detenerse apenas, al menos lo conveniente, en su aspecto concreto e histórico. Es verdad que la filosofía tomista se ocupó de las notas individuantes, pero más para determinar su principio constitutivo inteligible -la materia primera- en oposición al de las notas esenciales -la forma-, y para explicar, por abstracción de las mismas, la formación de los conceptos universales en nuestro entendimiento, que para detenerse en ellas, describirlas y estudiarlas en sí mismas y en su significación histórica. Fuera de algunas observaciones pasajeras, el tomismo y, en general, la escolástica y también la filosofía moderna se ocupaba más bien del hombre en sí y de la determinación de su esencia íntima -punto indudablemente el más fundamental de la antropología- que de esclarecer la individualidad de cada uno. Y ello con cierta razón, pues a la filosofía y a la

ciencia en general le toca el estudio de lo esencial y de lo universal y no lo de lo singular como tal. Pero con ello se eludía y dejaba de lado todo ese rico mundo de la individualidad concreta y libre, raíz de donde brota y se constituye la historia íntima de cada uno y también, al menos en gran medida, la historia como resultado de la intervención e interferencias de las personas humanas en su acción individual frente al medio físico y cultura.

Con G. Dilthey y con el existencialismo -del que aquél es uno de los principales precursores- la filosofía recobra para sí toda esa zona tupida y oscura de lo individual histórico del hombre, difícil de penetrar precisamente porque la inteligencia incide directamente en las esencias universales y sólo indirectamente en lo individual por un retorno a la intuición empírica, de donde aquellas esencias fueron abstraídas. Dilthey primero, y luego Bergson, Heidegger, Jaspers, Marcel y la filosofía existencias -o existencial, no hacemos cuestión ahora ni distinción de estos matices dentro del existencialismo- dirigen su mirada a escudriñar la situación real del hombre concreto, ponen en relieve su carácter temporal e histórico, la dependencia en que su mundo propio se encuentra frente a su situación de espacio y tiempo y demás circunstancias. Dilthey, por ejemplo, hace ver cómo las manifestaciones culturales -ciencia, arte, filosofía, etc.,- de la época dependen de la *welt-anschauung* de ese tiempo; y si bien exagera yendo a un relativismo extremo, es evidente -es su hallazgo depurado de su exceso- que el hombre de cada época, esencialmente el mismo, con su misma vida espiritual, y con el mismo tesoro substancial permanente de las grandes verdades, se haya como inmerso y teñido en un tomo histórico peculiar, cambiante de época a época. Una verdad, por ejemplo, con los mismos argumentos que la fundamentan, substancialmente la misma, se reviste y como encarna en un modo individual propio, se presenta con un estilo peculiar en cada época y en cada individuo. Otro tanto ocurre con las demás manifestaciones culturales, como el arte, por ejemplo. La belleza eterna se encarna en cada época -y proporcionalmente en cada autor- en las expresiones más variadas. El *estilo* es hijo precisamente de este aspecto cambiante o histórico con que la verdad o la belleza se reviste al bajar del cielo empíreo de las esencias e incidir en el mundo propio e individual de cada época y también de cada autor.

Bergson, Heidegger, Marcel, Jaspers y antes Kierkegaard han analizado con sagacidad este mundo propio casi impenetrable, esta situación concreta en que se encuentra y desenvuelve la existencia de cada uno, y han ahondado en esta zona oscura y enmarañada, en que el ser individual de la existencia se manifiesta. Sus aportes, a este respecto, son valiosísimos en sí mismos y en las proyecciones que abren para nuevas indagaciones, y enriquecen indudablemente el patrimonio filosófico con la incorporación de esta área, poco menos que desconocida, del ser humano.

3.- DESCRIPCION EMPIRICO-FENOMENOLOGICA DE LA FINITUD, CONTINGENCIA Y OTROS CARACTERES DE LA EXISTENCIA CONCRETA HUMANA.

En esta situación de la realidad concreta e histórica a que aplica su análisis indagatorio, el existencialismo actual reencuentra grandes verdades, que el racionalismo idealista había intentado suprimir o reducir a meras apariencias del espíritu absoluto.

Al analizar al hombre como es, el existencialismo redescubre en toda su fuerza la *finitud* -"ser entre dos nada"- la *contingencia* -"ser para la muerte"- y el *desamparo* de la existencia humana en sí misma considerada. Algunos de sus representantes, como G. Marcel, han realizado preciosos y penetrantes buceos en la existencia concreta humana a través de lo que podríamos llamar su *intencionalidad* ontológica, embebida en una -serie de actos y actitudes de la misma, tales como la *fidelidad* y la *esperanza*. En la intencionalidad óptica de tales actos y actitu-

des encuentra él no sólo la finitud y la contingencia de la existencia humana, sino también, por el extremo abierto de esa finitud lanzada intencionalmente, la *Existencia* misma de Dios.

Tales caracteres, que la filosofía tradicional describa en sí mismos, sin detenerse mucho en su análisis, tales como nos son concretamente dados, para remontarse rápidamente por sus exigencias ontológicas hasta la esencia metafísica de la realidad, de! hombre en nuestro caso, y, por ella, llegar hasta Dios, su primera Causa y último Fin; han sido analizados en su realidad en mil situaciones y modos en que fenomenológicamente se nos manifiestan y en variados aspectos hasta ahora no estudiados, y puestos en relieve en toda su dramaticidad. Si bien muchos existencialistas se han quedado en esa descripción -algunos, como Heidegger, Sartre y nuestro Ortega y Gasset, con cierta "*delectatio morosa*" -sin embargo debemos confesar que tales análisis constituyen -pese al método y sistema en que se encuentran- verdaderas contribuciones para una ulterior y auténtica explicación del ser del hombre (*Antropología*) y del ser en general (Metafísica).

Tales descripciones fenomenológicas del ser de la existencia humana enriquecen el patrimonio de la filosofía y ofrecen a un auténtico pensamiento intelectualista-realista una base empírica inicial más amplia y enriquecida para sus ulteriores descubrimientos antropológicos y metafísicos.

4. - REPLANTEO DEL DESTINO O FIN DE LA EXISTENCIA HUMANA

Además, estas penetrantes descripciones en las situaciones de la vida humana, han tenido también la eficacia de replantear el supremo problema de la filosofía, cual es el *destino* de la existencia del hombre, que la filosofía anterior había intentado suprimir. Y si bien algunos existencialistas se han detenido en el destino inmediato -que, por lo demás, han deformado al desvincularlo del último y trascendente a la misma existencia temporal- otros han sabido captar -pese a su método la intencionalidad inmortal hacia Dios, embebida en la existencia temporal del "homo viator".

5. - LA CONTRIBUCION DEL EXISTENCIALISMO..

Tal es, en síntesis, el *haber* del existencialismo: la defensa del patrimonio de la existencia humana, tal como nos es dada, sin-que nosotros la hayamos buscado, en su más intransferible realidad, inmersa en un mundo material e histórico propio, y haber aportado sutiles observaciones de la actividad y situaciones en que ese ser de la existencia individual se nos manifiesta.

Prescindiendo de su método y sistematización -a que en seguida nos referiremos (II Parte)- el existencialismo ofrece un punto de partida enteramente admisible: el hecho de la existencia humana, tal como se nos revela a la aprehensión fenomenológica de sus caracteres, en cuyo ser o esencia trata de algún modo de descubrir la esencia misma del ser en general, objeto de la metafísica. Si bien tal punto de partida de la indagación filosófica no es el más justo y acertado -pues primero conocemos el ser de las cosas materiales que el ser propio- ciertamente el objeto inicial de la filosofía existencial, el ser o esencia de la existencia humana, dada en nuestra experiencia interior, es enteramente aceptable; más aún, entraría, por una parte, una reacción de sano realismo filosófico contra las construcciones a priori del idealismo; y, por otra, llena un vacío de la filosofía tradicional, al detener su mirada sobre el mundo individual histórico, en que la existencia del hombre se halla totalmente sumergida.

II. LOS ERRORES DEL EXISTENCIALISMO

6. -EL METODO IRRACIONALISTA.

El error del existencialismo finca, *primeramente*, en la adopción del método irracionalista o anti-intelectualista. Reaccionando contra el racionalismo y las pretensiones de una razón desconectada de la experiencia y abandonada a los caprichos de sus creaciones a priori sin control alguno objetivo, el existencialismo se va demasiado lejos al atacar también los derechos auténticos de la inteligencia, centrada y regulada por la realidad intuitivamente dada en nuestra experiencia. No sólo es *anti-racionalista*, en lo cual está en lo justo, sino también *anti-intelectualista* y lógicamente *anti-realista*, en lo cual se equivoca. Al privarse de las luces de la inteligencia, se priva de examinar y descifrar con exactitud su propio objeto, ya que el hombre no posee otro medio para penetrar en el ser de las cosas ni siquiera en el ser de la propia existencia sino el de la inteligencia. Todo intento en contrario no es más que una afirmación gratuita y también contradictoria, pues, según lo hemos repetido en diversas ocasiones, todo irracionalismo que intenta formularse -y más, si quiere justificarse- sólo podría conseguirlo contradiciéndose y negándose a sí mismo, gracias al valor de la misma inteligencia que trata de negar.

La filosofía o es obra de razón, estructurado y controlada por las exigencias del ser objetivo -asimilación intencional del ser desde su esencia- o deja de ser filosofía para convertirse, en el mejor de los casos, en una creación artística de dudoso valor. La lectura de ciertos epígonos del existencialismo, como Sartre, nos confirma en esta aseveración. Parecería que en ellos el tema filosófico se ha subalternizado al artístico y casi convertido en un pretexto de obra literaria.

7.- DEL IRRACIONALISMO AL DESCONOCIMIENTO DE LA REALIDAD ESENCIAL Y A LA DEFORMACION DE LOS CARACTERES EMPÍRICOS EN QUE ELLA SE MANIFIESTA.

Lo grave es que tal *error metodológico*, frente al objeto inicial de sus indagaciones, encierra un *segundo error*, mucho más grave aún, que es la deformación misma del objeto analizado. El problema del método, sobre todo en filosofía, es más grave de lo que se cree: enviscera en cierto sentido la solución misma del problema, pues el método debe ajustarse a la naturaleza del objeto, y, consiguientemente, la adopción de uno u otro método supone ya una respuesta embrionaria a la naturaleza de aquél.

Hay en la realidad material y humana un aspecto individual y concreto, *histórico* que podríamos llamar, sólo dable, en su inefable realidad, a la intuición empírica; pero hay también otro aspecto más hondo, lo que constituye la esencia inmutable de cada ser -del hombre, en nuestro caso- y que en cuanto tal y prescindiendo de las notas individuales, es permanente, siempre el mismo en cada uno e idéntico en todos los seres de una misma especie. En verdad se trata de *dos aspectos de una misma realidad*, que únicamente la *inteligencia* puede nocional o *conceptualmente* distinguir. Empíricamente sólo se nos da lo individual y concretamente existente, bien que en sus notas va incluido el aspecto esencial, velado a la intuición empírica y sólo aprehensible por la inteligencia.

Si, pues, se niega -contradictoriamente, desde luego- a la inteligencia su valor de ver y penetrar en el ser de las cosas, de separar conceptualmente los dos aspectos y de dejar lo accidental para poder penetrar hasta la esencia, se desconoce y evapora toda esa realidad de la *esencia*, que constituye el núcleo profundo y oculto del ser

existente, sin el cual, por lo demás, las notas individuales no se aprehenden en su auténtico ser de *efecto y manifestaciones accidentales* de aquella esencia.

El desconocimiento, pues, del valor de la inteligencia trae consigo la supresión de lo más auténtico de la realidad, precisamente de aquel núcleo ontológico esencial, del que las notas y actividad individuales no son sino manifestación empírica.

De tal supresión de la esencia inteligible inmutable de los seres -del hombre, en nuestro caso- síguese lógicamente la confusión que hace el existencialismo en todas sus formas: la de tomar por el ser o esencia de la existencia humana y la de hacer consistir la existencia misma del hombre en una serie de notas que -como "estar en el mundo", "finitud", "desamparo" o "temporalidad"- no son sino efecto o manifestación de una realidad más profunda.

Más aún, tales notas en que fenomenológicamente aparece situado el hombre -agudamente captadas y descritas por el existencialismo- no tienen sentido y se diluyen como impensables, sin un ser esencial sustancial más hondo, que las causa y sustenta. No son la existencia, sino que en ellas se manifiesta la existencia del hombre permanente o substancial. Porque antes de "estar en el mundo" es preciso ser y existir en sí, aunque no cobremos conciencia de nuestro existir sino correlativamente al existir del mundo captado por nuestro conocimiento, y, como estando en el mundo y frente a él, la "finitud", el "desamparo", el "ser para la muerte" y la misma "temporalidad", a que se pretende reducir la última trama de la existencia humana, en verdad no son lo último, presuponen un ser, del que tales caracteres son sus propiedades. No se concibe siquiera la finitud sin un ser o esencia, ni la temporalidad sin un ser que dure.

66

De aquí que el existencialismo irracionalista, al suprimir primero y lógicamente el mundo inteligible de las esencias -de la esencia humana, en su objeto primordial- para aferrarse a las manifestaciones empíricas o fenomenológicas de la existencia -a las que luego toma en substitución de la existencia misma -no pueda conservar tampoco este aspecto- individual histórico de la realidad, ya que sin aquel ser o esencia substancial tales, notas resultan ininteligibles y absurdas.

El existencialismo nos responderá que el absurdo no cuenta para una filosofía irracionalista. A lo cual replicamos con Aristóteles que no todo lo que se afirma con las palabras se puede pensar y que el existencialismo, aun para admitir y formular el absurdo y la contradicción embebida en su sistema, ha de usufructuar necesaria y subrepticamente un intelectualismo, del que expresamente abomina.

8.- EL RETORNO AL EMPIRISMO.

En verdad el problema no es nuevo. Ya Heráclito afirmaba la existencia del puro cambio sin cosa alguna que cambie. Diluía el ser en el devenir. Se aferraba a los datos de la experiencia, al par que suprimía el objeto y lógicamente negaba el valor de la inteligencia. Era un *empirista irracionalista*.

Por el otro extremo, Parménides afirmaba la inmutabilidad y unidad del ser y negaba el cambio y la multiplicidad. Adhería al objeto y valor de la inteligencia, a la vez que suprimía el objeto de la experiencia y lógicamente negaba a ésta su valor. Era un *racionalista anti-empirista*.

Ambos eran unilaterales y se equivocaban, llevando la peor parte Heráclito al quedarse en el aspecto de la realidad y en la facultad inferiores.

Esta antinomia de lo uno y lo múltiple, de lo permanente y lo cambiante, de lo finito y lo infinito, de lo empírico y lo inteligible, de lo individual y universal, de lo concreto y lo esencial, es tan vieja como la filosofía, y constituye su problema central. La historia de la filosofía registra su planteo desde los ángulos más diversos: *lógico* (conceptos universales), *psicológico* (facultades de inteligencia y sentidos), *gnoseológico* (valor de tales conocimientos aparentemente opuestos en su objeto) y *metafísico* (unidad y multiplicidad, inmutabilidad y cambio del ser).

Ahora bien, el existencialismo se ubica junto a Heráclito. No sin fundamento ha dicho Husserl que el existencialismo de Heidegger es un retorno al *psicologismo* -que es una forma del *empirismo*- y ahí finca su unilateralidad, que deforma la realidad y lo hace insostenible. Desde luego que el empirismo del existencialismo, singularmente el de Heidegger, no es positivista, como tampoco lo es el de Bergson. No se trata ya de datos puramente materiales, asequibles por los sentidos, sino de una experiencia más honda que comprende también los dominios del espíritu. Pero experiencia al fin de actividad y situaciones, que se trata de captar con exactitud como ellas son, fenomenológicamente, más aún, tomándolas como la última trama de la existencia humana y deformando así la verdadera realidad del ser y existencia humana, al suprimir y transferir su realidad profunda a aquellos caracteres, que, únicamente son sus manifestaciones y propiedades.

9.- EL ACTO Y LA POTENCIA, CONSTITUTIVOS DEL SER, FUNDAN LOS DOS ASPECTOS DE LA REALIDAD, EMPÍRICO-INDIVIDUAL E INTELIGIBLE-ESENCIAL Y, CON ELLOS, LOS DOS CONOCIMIENTOS: SENSITIVO E INTELECTIVO.

Pero la realidad humana no se agota en los caracteres empíricos cambiantes, ni tampoco en los inmutables. La misma realidad se manifiesta de un modo inmediato bajo ambos aspectos, respectivamente, a los sentidos y a la inteligencia. Tal fué la necesidad ontológica, que condujo a Aristóteles al descubrimiento de los dos principios o constitutivos intrínsecos del ser; el *acto* y la *potencia*. El primero es el principio determinante, que hace que una cosa sea lo que es, que le confiere sus notas inteligibles y la coloca en tal esencia o especie. La segunda, en cambio, es el principio indeterminado que limita al acto, el no-ser del ser, que permite el cambio permaneciendo él inmutable a través de distintos actos o modificaciones del ser. Dentro de la esencia de los seres materiales -sin excluir al hombre- el acto es la *forma*, y la potencia la *materia*. La forma es el principio de la unidad específica, la materia lo es de la unidad y multiplicidad individual o numérica; la forma es el principio permanente e inteligible de la esencia, la materia el principio en sí mismo ininteligible y sólo aprehensible por referencia a la forma, del devenir o cambio.

El ser no está diluído en la multiplicidad ni el devenir puro (Heráclito), ni la multiplicidad y el devenir son ilusorios en el seno de un ser único e inmutable (Parménides): posee una esencia permanente en razón del acto, pero tal esencia -siendo en sí misma una y permanente en sus notas específicas- puede multiplicarse y cambiarse en los distintos individuos en razón de la materia.

La realidad esencial o específica está realmente identificada con la individual. La realidad esencial sin las notas individuantes, la esencia universal, es fruto de una *abstracción* de la mente y, por eso, formalmente o como tal sólo existe en el entendimiento. Lo esencial, permanente e idéntico a sí mismo a través de los cambios del mismo individuo, y uno a través de la multiplicidad de los distintos individuos, y lo individual concreto, múltiple y cam-

biable, en la existencia real de cada ser se identifican y son dos aspectos *sólo conceptualmente distintos* de una misma realidad.

68

En esa distinción real del acto y la potencia, que explica los caracteres antagónicos mencionados de la realidad -también del hombre- encuentra su apoyo ontológico la distinción de los dos tipos específicos de conocimiento del hombre: el de los sentidos, que capta inmediata e intuitivamente el aspecto múltiple y cambiante de la realidad, y el de la inteligencia, que, a través del objeto concreto de los sentidos, capta también inmediata pero abstractivamente el aspecto uno y permanente, la esencia de esa misma realidad. La especificación y constitución esencial de tales facultades está determinada por su objeto formal; pero esta diversidad de objetos formales, que una misma realidad ofrece, determinante de la diversidad específica de las facultades, tiene su origen en la composición real de acto y potencia de aquella realidad.

Y así como lo esencial y lo individual, lo uno y lo múltiple, lo permanente y lo cambiante, aunque tengan distintos principios -acto y potencia, respectivamente- en la realidad concreta se identifican, también las facultades que captan tales aspectos de la realidad, inteligencia y sentidos, si bien realmente distintos por sus objetos formales, se complementan mutuamente en un acto cognoscitivo de la realidad, como realmente es con sus caracteres opuestos (1).

Tanto el racionalismo, que se atiende al objeto de la inteligencia descuidando el de los sentidos, como el empirismo, que sólo retiene el objeto de la experiencia sensible e interior dejando de lado el de la inteligencia, deforman la realidad y, consiguientemente, nuestro conocimiento.

El existencialismo, por su mismo método irracionalista, de prescindir y negar el valor de la inteligencia para captar la realidad de la existencia humana, es conducido lógicamente a la supresión del aspecto más fundamental y hondo de aquélla y a querer conservar el más superficial como realidad única total, deformándolo consiguientemente en su misma significación ontológica y, a la larga, haciéndolo lógicamente insostenible sin el soporte esencial que él implica y del que es manifestación y propiedad suya.

10.- LA IDENTIFICACION DEL SER DEL MUNDO CON EL DE LA EXISTENCIA HUMANA.

Por otra parte, el existencialismo, ateniéndose a una descripción y explicación fenomenológica en gradación profundizante pero "anterior a la inteligencia", vale decir, *irracional*, pretende hacer entrar el mundo circundante -material y espiritual- dentro de la inmanencia de la existencia humana como su horizonte: la existencia humana es en sí misma un "estar en el mundo", un "cuidado" o "quehacer", que implica y encierra al mundo como término suyo necesario. La trascendencia objetiva sólo conserva su carácter de tal como instancia o momento dentro de la única realidad inmanente de la existencia humana. Precisamente éste es el sentido esotérico que el existencialismo otorga al término *trascendencia*, cuando dice que únicamente la existencia humana es trascendente: sólo el ser de la existencia humana se manifiesta y constituye como un "estar en el mundo" o frente a las cosas, o de otro modo, sólo en la existencia humana cobra sentido de ser el mundo y sus entes.

Sin embargo no estamos formalmente frente a las cosas sino por el conocimiento intelectual, en cuya intencionalidad captamos el ser trascendente del objeto como realmente distinto de nuestro ser de *sujeto*, correlativa y simultáneamente captado. Porque es verdad que la inteligencia no puede aprehender el ser trascendente (*objeto*) sin

costrar conciencia de su propio ser (*sujeto*); pero es verdad también que esta *identidad intencional* del sujeto y objeto en el acto cognoscitivo aprehende la *distinción real* de ambos: el conocimiento aprehende en su acto inmanente el ser trascendente como tal o distinto del propio acto y del sujeto.

El sofisma del existencialismo reside en afirmar que el ser del mundo trascendente pertenece al ser de la existencia humana, porque ésta no se da sino en el mundo y actuando sobre él.

Semejante sofisma a su vez tiene su origen en el desconocimiento de la naturaleza íntima del conocer, especialmente intelectual, del que el existencialismo, por lo demás, quiere prescindir para captar irracionalmente la propia existencia, relegándolo como una de las tantas actuaciones en que se manifiesta el ser de la existencia, como un hilo de su trama óptica, y cuya verdadera esencia intencional desconoce.

También contribuye a esta sujetivación del mundo el punto de partida del existencialismo, que, si es aceptable, no es el más natural y adecuado. La inteligencia no comienza por conocer el propio ser del hombre, su objeto formal primero es el *ser o esencia de las cosas materiales*, y sólo en su luz puede penetrar luego en su ser subjetivo, correlativamente aprehendido de un modo concreto desde el comienzo (2).

Esta inversión del orden de los objetos de nuestro conocimiento ha facilitado el error del existencialismo, gracias al sofisma antes apuntado. Como no se puede aprehender el propio ser sin el ser trascendente, el existencialismo, al comenzar por aquél, no puede aprehenderlo sin el ser del mundo, y ha caído en el error de introducir y hasta identificar el ser del mundo con el ser de la persona humana. Del no poder *tener conciencia* de sí sin el correlato del ser del mundo, ha concluido falsamente que no puede *ser o existir* sin el *ser o existir del mundo*; más aún, ha identificado este ser con aquél.

Indudablemente invirtiendo el orden del punto de partida, aprehendiendo y asegurando primeramente la trascendencia del ser del mundo, el existencialismo hubiera podido identificar luego aquel ser con el la propia existencia.

11. -LA IDENTIFICACIÓN DE LA ESENCIA Y LA EXISTENCIA.

Otro error del existencialismo está en la absorción de la esencia humana en su existencia hasta identificarla enteramente con ésta. Consecuencia lógica, por lo demás, de su posición anti-intelectualista inicial.

En efecto, lo que inmediata e intuitivamente se nos da en nuestra experiencia interior y exterior, incluso en la experiencia de nuestra vida espiritual, son las cualidades concretas sensibles del mundo, por una parte y nuestros actos existentes concretos, incluyendo en ellos nuestro ser existente, por otra. Ante los ojos de la experiencia sólo se revelan existencias concretas y nada más.

A la inteligencia, más precisamente aún, a su función abstractiva, está reservado el penetrar en estos datos iniciales de nuestro conocimiento distinguiendo entre lo accidental transitorio y el ser o esencia permanente.

Por otra parte -a diferencia de la intuición empírica- la inteligencia no aprehende esta realidad del ser permanente o substancia sino desde su contenido o notas constitutivas, es decir, desde su *esencia*. La inteligencia, es verdad, en su primer contacto con la realidad no aprehende la esencia sino en el ser existente. Pero luego puede retenerla y llegar a otras en cuanto esencia prescindiendo de su actual realización en la *existencia*. Es evidente que hay una distinción entre esencia y su actual existencia, independientemente de nuestro pensamiento.

Y esta distinción entre esencia y existencia es real, también en las esencias existentes. Más aún, tal distinción real es la esencia o constitutivo mismo de la *creaturidad*, aquello que hace que el ser sea de la creatura y no de Dios, la línea divisoria infranqueable entre el ser creado y el Increado.

En efecto, si esencia -notas constitutivas o definitivas- y existencia -su actualización o realización en sí, fuera de sus causas- se identificasen, tales esencias no *tendrían* recibida sino que *serían* su existencia y, por ende, existirían *necesariamente* y, como tales, habrían existido siempre y siempre existirían y de un modo inmutable. Ahora bien, es evidente que tales caracteres no convienen ni al ser del mundo ni al ser de la existencia humana. Tal afirmación estaría contra la experiencia: los seres existentes comienzan a existir, cambian mientras existen y terminan en su existencia. Son, pues *contingentes*, esencias que tienen accidentalmente existencia.

Como, por otra parte, la existencia es lo mismo que el acto o perfección, de sí no incluye ninguna imperfección y limitación. Si se da limitada, tal limitación tiene que provenir de otro principio distinto de ella, potencial, que la coarte. Si, pues la esencia no interviniese en el acto de la existencia como *potencia* que, en la medida determinada y finita de sus, notas constitutivas, lo coarta y limita a tal precisa actuación, y se identificase con él, el ser existente sólo constaría de existencia, *sería la existencia* y, como tal, *perfección pura e infinita*. Lo cual es también contra la experiencia, que sólo nos presenta dentro y fuera de nosotros seres imperfectos y limitados en su existencia a las notas de su esencia y no de otras, seres *finitos*.

El existencialismo, al prescindir de la inteligencia, se queda en una aprehensión empírica y en una descripción fenomenológica de nuestra vida existente, incapaz de penetrar en ella hasta la esencia del ser substancial que lo causa y sustenta en la variedad y multiplicidad de sus actos, y dilucidar en este ser sus dos constitutivos realmente distintos de esencia y existencia, que intrínsecamente lo determinan como *ser contingente y finito*. Por eso identifica esencia y existencia en nuestro ser humano existente, porque carece del instrumento intelectual para distinguirlos. Tesis, por lo demás, defendida por los sistemas empírico-nominalistas de todos los matices, que desconocen o diluyen el objeto de la inteligencia en el de la experiencia sensible. Aún en el caso del P. Suárez, su tesis de la identificación de esencia y existencia en el ser creado tiene sus raíces y explicación en una concepción falseada del objeto formal propio de la inteligencia -el ser singular como tal- y de las ideas universales, que no le permiten *de jure* distinguir entre los actos intelectivos y sensitivos.

Identificada en el orden real la esencia y la existencia, síguese lógicamente su *necesidad e infinitud* y, por ende, el carácter divino de tales seres, en una palabra, el *panteísmo*: se ha dado a la creatura el constitutivo mismo de la esencia del Ser divino.

Si, por otra parte, el existencialismo mantiene las notas de *finitud y contingencia* del ser de la existencia humana, de acuerdo a los caracteres revelados en la experiencia, ello es contra las exigencias lógicas de la identificación de esencia y existencia. Consecuencias que el existencialismo pretende eludir precisamente por el mismo irracionalismo que lo ha conducido a esa encrucijada de tales tesis contradictorias. Pero ya dijimos antes que no todo lo que se afirma se puede pensar y que la contradicción no se puede pensar ni siquiera formular ni mucho menos sostener en ningún sistema. Todo conato en esta dirección se apoya en el valor de la inteligencia y en la afirmación del principio de no contradicción, sin el cual no se puede pensar.

El existencialismo, al reducir el ser o esencia del hombre a la existencia, lógicamente debería haber llegado al panteísmo y negado la finitud y contingencia de la existencia humana.

Sólo en Dios Esencia y Existencia se identifican, sólo Dios es el Ser o Esencia que es la pura y simple Existencia, y, como tal, necesaria e infinita.

12. - AMORALIDAD DEL EXISTENCIALISMO.

Diluida la esencia de la existencia y perdido el objeto de la inteligencia, el existencialismo está radicalmente incapacitado para fundamentar una auténtica moral.

Por de pronto en el existencialismo -como ya en Bergson, uno de sus precursores- la libertad parece estar reducida a la *espontaneidad*, a la conciencia de estar exento de vínculos exteriores o de coacción. Pero el concepto genuino de la libertad, como dominio activo sobre la propia actividad, como poder de determinarse o no por un objeto o por uno u otro, está ausente o no aparece claro en el existencialismo. Más aún, no cabe siquiera en una filosofía, donde lo posible o esencial se identifica con lo existente. *Únicamente es lo que existe*. La indiferencia activa, la posibilidad de elegir varios senderos para la propia actividad, en que consiste la libertad, supone el mundo de las esencias distinto de la existencia.

Mucho menos cabe en una filosofía existencial una moral normativa de nuestros actos. En efecto, la norma no es sino una *exigencia ontológica*, un *deber-ser*, que todavía no existe y que debe pasar del estado de posibilidad al de existencia mediante la libertad. La inteligencia, aprehendiendo la esencia del hombre y su último Fin trascendente, al que está ordenado como a su supremo Bien, aprehende las exigencias esenciales de este Bien para su consecución por parte del hombre y, con él, su propia actualización o plenitud ontológica. La norma es la aprehensión y expresión intelectual de una *exigencia esencial*, de algo que no existe pero que ha de ser *existencializado* precisamente por la actividad libre.

Todo lo cual ni sentido tiene en una filosofía existencialista, que identifica enteramente el ser con la existencia. De aquí que en el existencialismo no haya lugar para la actividad moral y sea un sistema radicalmente *amoral*, en que todo acto existente simplemente es y no tiene sentido siquiera el que hubiese podido ser de otro modo y mucho menos el ser concorde o desacorde con una exigencia normativa. No depende de ninguna esencia anterior a él, ni mucho menos de un Fin supremo o Ser trascendente divino, sin el Cual no cabe norma ni ley moral ni obligación consiguiente absoluta alguna.

73

Todos los intentos del existencialismo por crearse una moral concorde con su sistema son vanos. Más aún, sus mismos resultados obtenidos demuestran la imposibilidad de conseguirla; ya que llaman actividad moral a una actividad que sólo conserva el nombre de tal y nada tiene que ver con lo que todos entienden por moral: un sistema de normas obligatorias, conformándose a las cuales la actividad libre resulta buena, mala o indiferente en cuanto actividad humana.

Para Heidegger, por ejemplo, el mal moral es más bien un mal ontológico y necesario como la finitud del ser de la existencia humana: es todo lo que ésta no es.

Sartre rechaza toda norma o canon moral distinto del acto mismo; con lo cual es imposible valorarlo moralmente. Todo acto se justifica por sí mismo. Sartre exige para que el acto sea bueno la constancia o fidelidad a un modo unitario de proceder, pero lógicamente ni siquiera puede formular tal norma, porque ya sería algo fuera del acto mismo; norma, por lo demás, evidentemente falsa, porque con ella se justificarla el robo, el adulterio, etc., como de hecho pretende hacerlo su autor. Quien lea detenidamente *El existencialismo, ¿es un humanismo?* se convencerá del vano esfuerzo de Sartre por conservar la moral y el humanismo en su sistema.

Si otros existencialistas, como G. Marcel, no sólo conservan la moral sino que descubren en la existencia humana y en su intencionalidad ontológica la trascendencia del Ser divino, trazando así el camino normativo ético del ser finito al Ser infinito, todo ello no lo logran sino mediante la inteligencia -que expresamente rechazan o de la que quieren prescindir, pero de la que subrepticamente echan mano- la cual penetra en las entrañas esenciales de nuestra existencia y en ellas descubre y lee el itinerario intencional del "*homo viator*", del hombre finito pero abierto y en camino hacia una Trascendencia infinita, que colma su finitud.

III. CONCLUSION

13.- RESTITUIDO EL VALOR DE LA INTELIGENCIA, SE RESTITUYE TAMBIEN EL VALOR DE LA ESENCIA Y CON ÉL COBRAN SENTIDO LOS CARACTERES EN QUE SE MANIFIESTA LA EXISTENCIA HUMANA, REDESCUBIERTOS Y ANALIZADOS POR EL EXISTENCIALISMO, Y SE HACE FACTIBLE LA MORAL.

Restituido su valor a la inteligencia y con él a la realidad trascendente del ser y de sus exigencias ontológicas, que objetivamente la determinan, toda esta zona de la realidad esencial del hombre -y también del mundo- es rehabilitada en su ser ontológico primordial, dándonos a la vez la explicación de los caracteres de la existencia humana -finita, contingente, etc.- y de su actividad y norma moral. Precisamente los caracteres empíricos e individuales, que el existencialismo descubre prolijamente y describe fenomenológicamente, no son sino efectos o propiedades, en que aquélla esencia se manifiesta y sin la cual pierde todo sentido. Más aún, por tales caracteres la inteligencia penetra hasta el ser puramente inteligible de la esencia, incluida en los datos empíricos aunque oculta e invisible a los ojos de la experiencia.

Sin esta realidad inteligible o esencial, todo el mundo de los fenómenos, toda la fenomenología existencial no tiene sentido, resulta ininteligible y absurda. Porque metafísicamente el cambio no tiene sentido sin lo permanente, lo múltiple sin lo uno, lo finito sin lo infinito, lo contingente sin lo necesario, en una palabra la potencia, y el ser compuesto de potencia y acto, sin el acto. La primacía es siempre del acto o perfección. Aunque según el *orden de nuestro conocer*, primero es lo cambiante que lo permanente, lo múltiple que lo uno, lo finito y contingente que lo infinito y necesario, lo material que lo espiritual, los seres limitados y, por ende, compuestos de potencia y acto, que el acto, según el *orden del ser* u ontológicamente, primero es el acto, lo uno, lo permanente, lo necesario e infinito que la potencia, lo múltiple, lo cambiante, lo contingente y lo finito, respectivamente.

El ser o acto como tal sólo dice perfección, existencia, unidad, verdad, bondad y demás perfecciones puras en sí, sin limitación alguna. Sí, pues, se encuentra realizado *finita e imperfectamente*, múltiple y cambiante, etc., ello indica que tal realización *no es* el ser o existencia sino que la tiene recibida *contingentemente* en el grado de sus notas constitutivas o de su esencia, y que ha sido determinado causalmente por otro ser a tener tal existencia, para la que de sí es indiferente.

De aquí que las notas de finitud y contingencia, multiplicidad y cambio, etc., en que se manifiesta nuestra existencia -y proporcionalmente la de las cosas- suponen *primera e intrínsecamente* un ser o *esencia* distinta de la existencia, a la que da contenido y limitación específica; en *segundo lugar* y *extrínsecamente* suponen *otro ser* que, en posesión del acto o existencia, la haya determinado a existir, la haya causado; y, en *suprema instancia*, suponga la Existencia del Acto puro, la Existencia misma, necesaria e infinita por su propio concepto.

Desde los caracteres, en que fenomenológicamente se manifiesta la existencia humana -y también el mundo exterior- en su realidad individual concreta, la inteligencia es conducida así por las necesidades ontológicas de los mismos, primeramente a la esencia intrínseca, realmente distinta de la existencia, y que constituye a ésta tal ser existente determinado, *como es* y *como debe ser*, y luego, en definitiva instancia, hasta la existencia misma infinita y necesaria, hasta el Ser de Dios, trascendente a la existencia humana, sin el cual la existencia de las esencias finitas y contingentes con sus consiguientes manifestaciones fenomenológicamente aprehensibles, y el camino ascensional ético del ser libre no tienen sentido ni consistencia ontológica, resultan absurdas y se diluyen en la nada.

Liberada del *método* irracionalista y de su consiguiente sistema, que afirma la unión de notas contradictorias: 1) identificación del ser o esencia y existencia del hombre y 2) su finitud y contingencia, la existencia humana, tal como nos la describe el existencialismo, es una esencia o ser existente no entre dos nada, sino salido de la Existencia infinita y necesaria de Dios como *Causa creadora primera*, y por la actividad moralmente ordenada dirigida y vuelta a esa misma Existencia cómo a su *último Fin* o *supremo Bien* -que ya no es puramente *Ser, Algo*, sino *Persona, Alguien*- quien como Acto puro, Verdad y Bondad infinita, desde su trascendencia la actualiza en su vida y ser espiritual y la confiere la quietud y la paz consiguiente de su bienaventuranza., El desamparo de la existencia humana surgiendo y retornando a la nada, del Existencialismo, se trueca, en una Filosofía intelectualista, en existencia finita y contingente, saliendo y retornando a la Existencia infinita.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI

Director del Instituto de Filosofía y Catedrático
en la Facultad de Humanidades y Ciencias de
la Educación, de la Universidad Nacional y en
el Seminario Metropolitano Mayor "San José".
de La Plata.

(1) Véase sobre este punto el notable trabajo de L. DE RAEYMAEKER: *La explicación fundamental del conocimiento humano*, publicado en la revista SAPIENTIA, N° 10, pág. 300 y sigs., La Plata-Buenos Aires, 1948.

(2) Véase sobre este punto, en este mismo número de SAPIENTIA, el profundo estudio de A. GONZÁLEZ-ÁLVAREZ.